

GALERNA

GALERNA
Revista Internacional de Literatura

DIRECTORES

Carmen Fernández-Klohe, Marta López-Luaces
Gerardo Piña-Rosales

Suscripciones (1 año: 2 números)

Individual

\$30.00 en USA

30 euros

\$15.00 en Latinoamérica

Instituciones: \$50.00

Dirijan toda la correspondencia a:

Teachers College (Columbia University)

Att: *GALERNA*

Department of Arts and Humanities

Spanish Education Program

Box 66

525 West 120th Street

New York, NY 10027-6696

C. E. (E-mail)

KLOHEC@stjohns.edu

lopezm@mail.montclair.edu

pina@exchange.tc.columbia.edu

Prohibida la reproducción total o parcial de las obras que aparecen en esta revista, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización de sus respectivos autores o de sus Directores.

Las colaboraciones publicadas en esta revista expresan el criterio de sus autores, y no reflejan la opinión editorial de GALERNA.

I
2003

ISSN: 1541-4752

EL PAÍS DEL ALMA, DE NURIA AMAT

Reseña: ALEJANDRO VARDERI

“No escribimos sobre una ciudad, sino a partir de ella. Escribimos a partir de todo lo que hemos olvidado”. Desde esta afirmación de Montserrat Roig me gustaría a mí también partir a fin de acercarme a *El país del alma* (Barcelona: Seix Barral, 1999), penúltima novela de Nuria Amat. “Reina de América” apareció hace apenas unos meses también en Seix Barral que aborda posiblemente el asunto más próximo a la escritora, es decir, la recuperación de la memoria sobre la ciudad amada: Barcelona, entre el final de la guerra civil y el Congreso Eucarístico de 1952. Años cuando Catalunya —el “país pequeño”— quedó sometida a un encierro interior puesto a hurtarle la lengua, la voz y la mirada. Y en el centro de esa desolación una ciudad, que la narrativa de ciertas autoras ha ido recuperando, barrio a barrio, para las generaciones actuales.

Y es que si Mercè Rodoreda evocó la del Raval y el Ginardó y Roig hizo suya la del Eixample, Amat recobra la de los barrios altos: Diagonal, Sarrià y Pedralbes que, en su prosa, pierden el nombre para hacer más profundo el olvido. Nena Rocamora y Baltus Arnau, hijos de la burguesía ilustrada, crearán al casarse “una memoria nueva”, que con la inauguración de los cines Windsor y Niza, y la apertura de los museos Marés y de la Música, se unió a la ciudad que iba cerrando las heridas de guerra pero aún temía mostrar abiertamente sus cicatrices. Por eso el padre de Nena prefería “hablar hacia adentro”, y el de Baltus “llevaba un mapa de Europa pintado en su memoria viajera”.

La imposibilidad de comunicarse y mirar abiertamente hacia el continente palpitando más allá de los Pirineos, se hace más apremiante en quienes, como los Rocamora y los Arnau, disponían de medios para cruzar la frontera sin haber debido exilarse. Amat, en sus descripciones de la sociedad acomodada, logra plasmar ese difícil

equilibrio entre esnobismo y concientización política, esgrimidos por quienes rehusaron venderse abiertamente al régimen franquista a fin de poder conservar sus privilegios. Subvertir la lengua del imperio, incorporando el padre de Baltus en sus discursos públicos el idioma del país pequeño, o desafiar Nena misma con su modernidad en el vestir la moral producto del catolicismo sectario, son entonces heroísmos caseros que no obstante van minando lo monolítico de la sociedad de postguerra; al tiempo que le permiten a la autora desenterrar con su lenguaje las raíces del olvido.

Arrelados a la desmemoria encontramos el odio y el miedo: odio de los hombres que debieron sacrificar su vocación en aras del deber, y dejaban pasar el tiempo diseccionando la guerra; y miedo de las mujeres volcándose hacia el espacio de lo doméstico para cubrir, con esa frágil mampara, los destrozos de la contienda. Odio y miedo, pues, que el señor Arnau pensó "no podía ser explicado a los nietos ni tampoco a los nietos de los nietos". Un error posiblemente, que Nuria Amat se encarga de enmendar, tal cual hicieron las narradoras que la precedieron, si bien en este caso el lenguaje fundador de su proyecto narrativo se halla mucho más cercano a la estética latinoamericana que a la catalana o la castellana en general. Lo lírico de esta prosa, su exhuberancia, el derroche lingüístico, y el brillo que los giros inesperados imprimen al idioma, espejean el neobarroco latinoamericano. Esplendor del lenguaje donde la forma seduce al fondo y lo somete, poéticamente: Cuando una vez terminada la guerra, Carlota volvió a encontrarse con Nena Rocamora, pensó que una cortina de niebla había enturbiado su mirada. Como si un cuchillo hubiera partido en una raya horizontal sus ojos claros. Los ojos de Nena eran las cicatrices más hermosas de su cara. (226)

Nena, "cuidadora del alma" del país que lleva en la suya, desvía la mirada de ese afuera gris, diminuto, ajeno, y la posa sobre otro blanco, el de la página donde se escribe, y al escribirse teje otra luz: la del soñador de palabras; poeta quien, según Bachelard, "llega a darle a sus ideas de animus la estructura y fuerza de un canto". Y es justamente ese canto el que Nena entona mientras va desviviendo la cotidianidad de su casa como hija, nuera, esposa, madre, amiga, y modelo de la nueva mujer puesta a rebelarse contra las convicciones impuestas históricamente a su sexo. Ella será, pues, el prototipo de una

generación intuitivamente decidida a vivir de una manera distinta a la de quienes la precedieron. Mujeres no lo suficientemente liberadas aún como para exigir “una habitación propia” -tal cual lo harían sus hijas- pero al menos decididas a alterar definitivamente la trayectoria de sus mayores:

Estoy en casa alumbrada por la lámpara
 mi marido dibuja sueños de vidrio
 coso las costuras de mi cuerpo
 el corazón se escapa como un punto
 mi pulmón se ha hecho dobladillo
 las niñas duermen recogidas en dedales
 todo está bien
 pinto estrellas de cerebro
 rompo páginas azules
 y el poema muere como un libro. (207)

Al incorporar destellos del vivir de escritoras catalanas silenciadas por el régimen, como la misma Rodoreda, y citar la obra de artistas como Josep Pla o Frederic Mompou, la autora historiza la ficción, y reflexiona simultáneamente en torno a la desmemoria de la sociedad en general que, a pesar de las reivindicaciones democráticas, sigue olvidándose de quienes construyeron y siguen construyendo el país; cual si el afán por sacudirse el polvo, producto de los escombros dejados por las bombas que tuvo aquella generación, hubiese contagiado a quienes hoy viven en un presente continuo donde el periódico de ayer es ya una nostalgia. Cuando yo deje de ser, la mitad de vuestra memoria dejará de ser, dijo ella. Y si yo dejara de ser, todo el recuerdo dejaría de ser, pensó él. (375)

La muerte prematura de Nena trunca el curso de la vida pautada en la memoria de los amantes. Con ello desaparece también el impulso puesto a estimular la recuperación de los eventos, que muchos en el país pequeño pretendieron olvidar, pero quedaron suspendidos; a la espera de quienes, como Nuria Amat, van exitosamente rescatándose al tiempo, y al descuido donde a veces se pone al país heredado : país aguardando entonces por las escrituras que lo

recuerden desde el alma del lenguaje, cuya memoria —como indica María Fernanda Palacios— “está hecha de las palabras que el corazón espera, de las palabras que perdimos, de su silencio y su añoranza”.



